

Eduardo Bonnín Aguiló  
Francisco Forteza Pujol

# EVIDENCIAS OLVIDADAS

Cursillos de Cristiandad

---

FUNDACIÓN EDUARDO BONNÍN AGUILÓ

2004



# ÍNDICE

<b>ÍNDICE.....</b>	<b>3</b>
<b>PERSONA.....</b>	<b>5</b>
I.    DE SUS MIEDOS Y ASPIRACIONES .....	7
II.   EN BUSCA DEL SENTIDO .....	9
III.  POR EL ENCUENTRO CONSIGO MISMO .....	13
<b>SU SER.....</b>	<b>19</b>
IV.   PERSONA –PERSONAJE –PERSONALIDAD .....	21
V.    LO HUMANO – LO MATORAL – LO NORMAL .....	25
VI.   IMAGEN Y SEMEJANZA .....	29
<b>SU HACER .....</b>	<b>33</b>
VII.  EL PRINCIPIO DE INQUIETUD .....	35
VIII. CAMPOS DE ACTIVIDAD.....	39
IX.   TRIPLE ACTITUD ANTE LO REALIZABLE .....	43
<b>SUS VIRTUALIDADES .....</b>	<b>45</b>
X.    PROCESO DE MADURACIÓN DE LA PERSONA .....	47
XI.   EN UNA IGLESIA DE PERSONAS .....	53
XII.  CON SEGLARIDAD «SEGLAR» .....	59
<b>LO REAL .....</b>	<b>63</b>
XIII. PERSONAS, ACONTECIMIENTOS Y COSAS .....	65
XIV.  DINÁMICA DE LIBERTAD .....	69
XV.   DINÁMICA DE PLENITUD .....	71
<b>LA AMISTAD.....</b>	<b>73</b>
XVI.  LA COMUNICACIÓN .....	75
XVII. LA INTIMIDAD Y SUS NIVELES .....	79
XVIII. PROCESO CREATIVO DE LA AMISTAD .....	83



# PERSONA



## I. DE SUS MIEDOS Y ASPIRACIONES

Todo hombre que se esfuerza por ser persona y ejercita sus facultades para ir logrando serlo con plenitud, suele debatirse entre sus miedos y sus aspiraciones.

Lo corriente es que intente huir de sus miedos y vaya hacia sus aspiraciones.

El hombre está atraído por sus aspiraciones y asaltado por sus miedos. Cuando se esfuerza con nobleza y honestidad para conseguir sus aspiraciones, «va hacia». Cuando le gana el miedo de sus miedos, se diría que «huye de».

El que «va hacia», el que sabe dónde va y porqué, lo transparenta en su cara, lo refleja en su semblante, en su porte, en su talante.

Hasta las respiraciones reflejan sus aspiraciones.

El que «huye de», normalmente no sabe a dónde va, y hasta a veces ni sabe de lo que huye, ya que el miedo suele presentarse, aunque no siempre, diluido, inconcreto. Para vencer los fantasmas del miedo, lo mejor es tratar de identificarlos; los fantasmas que más fastidian son los que circulan por el cerebro de una persona sin carnet de identidad.

Cuando el individuo está encerrado en sí mismo por el egoísmo de no dar, o el orgullo de no querer recibir, suele ser víctima de prejuicios, de malos entendidos y de suposiciones sospechosas.

Rara vez comunica sus problemas a los que podrían remediarlos, sino que los van contando a quienes padecen su mismo mal; y por contacto amargo y desilusionado, va decreciendo la alegría de los dos, y proliferan las habladurías, los chismes y los líos. Lo peor es que, a menudo sin darse cuenta, su contacto va larvando ilusiones de otros, sobre todo de los que no tienen una acusada personalidad.

Cuando no se cultivan las aspiraciones con dedicación atenta e ilusionada, los miedos invaden terreno, y es mucho más difícil mantenerlos a raya.

También es difícil formular un catálogo de aspiraciones y de miedos; tal vez puede servir para identificar alguno o algunos, mencionar los que se relacionan:

<b>Aspiraciones</b>	<b>Miedos</b>
Amorosas	A la sociedad
Familiares	A la miseria
Profesionales	A la penuria económica
Intelectuales	A la enfermedad
Deportivas	A la muerte
Económicas	A la desgracia
Comunicativas	A Alguien
Poéticas	A algo
Artísticas	A ser criticado
Recreativas	A ser amonestado
	A ser corregido
	Al qué dirán
	Al ridículo
	A lo desconocido

Cuando se produce una toma de contacto con las realidades, la «reacción» suele generar:

- Un miedo más
- Una aspiración mayor / mejor

Las aspiraciones se afilan, se afinan y se centran en el área de lo posible (lo realmente posible y lo posiblemente posible).

Los miedos sólo se superan por la captación del sentido y la suerte de sentirse acompañado en todos los campos de la comunicación, incluido el religioso. Debemos esforzarnos en distinguir:

- Los manipuladores de miedos.
- Los brillantadores de aspiraciones.

## II. EN BUSCA DEL SENTIDO

El hombre tiene a veces su capacidad de captación muy limitada, por lo que precisa que algunas verdades especialmente importantes le sean particularmente acentuadas para iluminar una situación coyuntural concreta. Así, en la actualidad, lo que se necesita mayormente mostrar a la gente, es que la vida tiene sentido; descubrir, poner a la gente en pista de mostrar el sentido que tiene (para uno) la vida, es el mayor bien que podemos hacerle aquí y ahora:

La moralidad, la ejemplaridad, la religiosidad, todo se estrella frente a una vida sin sentido. Y todo queda centrado, orbitado y dinamizado por la persona cuya vida tiene sentido. El sentido es lo que dirige, orienta y motiva la vida. Los conflictos se originan cuando se acentúa alguno de estos tres elementos en detrimento de los demás.

El sentido puede propiciarse. Pero cada uno tiene que ir descubriendo el suyo. Se pueden contagiar las ganas de encontrarlo y hasta la alegría de haberlo encontrado, pero el dar con él, es cosa propia de cada uno, personal, íntima, intransferible, porque se trata de ordenar —poner orden— el núcleo más personal de su persona.

Un sentido que no dura y no madura, un sentido que «se corta», muestra, expresa y aclara, que era «un» sentido, pero no «el» sentido, porque el sentido nunca se corta ni falla. El sentido está siempre vivo y en punta en lo hondo de cada persona, porque es el tallo del existir, y la talla, la medida, de la calidad de la existencia.

Lo que puede fallar, quizá, es nuestra voluntad de ir descubriéndolo, porque a veces sólo vemos el túnel de la circunstancia adversa y cerramos (cobardemente) los ojos, pensando que todo es negro, en lugar de escrutar en la oscuridad para saber divisar —la fe es también eso— el sentido que todo aquello pueda tener, y que en realidad tiene, tengamos o no tengamos conciencia de ello.

El sentido es una respuesta progresiva al «qué» más profundo y verdadero de la vida, en un proceso de horizonte móvil.

Se trata, nada menos que de animarte a dar deportivamente el salto, desde:

El mimetismo a la creatividad  
 De la coacción a la espontaneidad.  
 De la obediencia a la real gana.  
 Del anonimato al protagonismo.

Se trata de tener la real gana de ejercitar tu real gana:

La verdadera,  
 Auténtica,  
 Apetente  
 Atractiva,  
 Apasionante,  
 Maravillosa...

Se trata de extraer:	Vigor Valor Brío	De tu porqué
----------------------	------------------------	--------------

En tu vida	Asediada Asfixiada avasallada	De cómo
------------	-------------------------------------	---------

Donde todos	Requieren Persiguen Pretenden	Tu dinero Tu tiempo Tu presencia Tu asistencia Tu ánimo Tu entusiasmo Tu voluntad Tu adhesión	Corresponde responder con la afirmación de tu persona
-------------	-------------------------------------	--	--

El qué une a la persona y a las personas por dentro y por fuera; por dentro, porque unifica interiormente a la persona y la estimula, y despereza la tensión creadora de serlo; y por fuera, porque facilita, posibilita y simplifica la relación entre personas.

El qué, además de unir a las personas, da cohesión y perspectiva a los acontecimientos.

El cómo puede reunir, pero no une. Cuando alguien responde al qué, con un: «es que no me da la gana», significa falta de reflexión, de convicción, de decisión, de constancia o de apertura a la experiencia.

No aceptar el qué, conduce al absurdo.

Cuando a la imposición de un cómo, uno responde «como me dé la gana» significa todo lo contrario.

Todo esto no tiene más finalidad que invitarte a que tú mismo desbroces el camino, lo veas con más claridad y te animes a seguirlo, porque, de verdad, vale mucho más que la pena que cuesta.

Para ello, el explicitar las vicisitudes que vas encontrando en tu ruta, en la cotidiana normalidad de tu vivir, reafirmandote en esta normalidad, sirve para ir comprobando que lo que importa de verdad es el sentido consciente que el hombre puede dar a su vida, a medida que su convicción, su decisión y su constancia se vayan encarnando en su actitud.



### III. POR EL ENCUENTRO CONSIGO MISMO

Si uno bucea en su mismidad con sinceridad, halla en el fondo de sí mismo cualidades buenas y cualidades malas.

Si la reflexión es serena y no motivada por el golpe de mar de algún suceso desagradable que haya enturbiado o encrespado la superficie normalmente quieta de tu interioridad donde sabes bien suelen reflejarse las ondas que en lo hondo causan y producen la resonancia de los acontecimientos que a uno le toca vivir en su vida.

Uno mismo, para si mismo, ha de pertrecharse para defenderse de todo lo que pretende echar raíces extrañas en su mismidad; y la vigilancia se impone, porque dentro de cada uno existen semillas y gérmenes, que, al tener un cultivo apropiado, crecen y se propagan de manera notablemente acelerada.

Cuando se observa, en hora serena, la trayectoria del surco que ha abierto un acontecimiento determinado en su interior, puede saber si éste se dirige hacia su mejoramiento o en sentido contrario a él.

Cuando se tiene tesón para mantenerse a pesar del peso de las circunstancias, el hombre va descubriendo su ser de persona, esto es: su convicción, que no es más que su singularidad, su originalidad y su creatividad, que se van perfilando al ir venciendo las dificultades que se le oponen a ser sí mismo.

Primero este proceso suele complicarse porque tenemos una fuerte tendencia a identificar como cualidades negativas todos los rastros de orgullo, de egoísmo y de ambición que detectamos en nuestro interior y que al mismo tiempo sentimos como profundamente nuestros.

Ello se produce porque en nuestro mundo, por lo general, la inquietud por ser alguien es tachada de orgullo, como la inquietud de ser él es tachada de egoísmo, y la de ser mejor es tachada de ambición.

Para distinguir realmente lo positivo de lo negativo, y asumir el conjunto, podemos centrarnos en que todo hombre ansía tener, saber y

poder; funciones que pueden agotarse en sí mismas o mantener una finalidad, un sentido.

El esquema sería algo así:

Tener para	<ul style="list-style-type: none"><li>• Vivir</li><li>• Tener – Egoísmo (te amarga el gusto de lo que tienes)</li></ul>
Saber para	<ul style="list-style-type: none"><li>• Orientarse</li><li>• Saber – Orgullo (te aísla de los demás y te hace pedante)</li></ul>
Poder para	<ul style="list-style-type: none"><li>• Comunicarse</li><li>• Poder – Ambición (te impide el gusto de poder hacer lo que quieres)</li></ul>

Así pues, tan peligroso es, para impedir el encuentro consigo mismo, no identificar los indudables rasgos autodestructivos que tenemos de egoísmo, orgullo o ambición, como considerar tales unas inquietudes que son básicas y evidentemente positivas.

La persona centrada en su realidad precisa y consciente, va desplegando, acrecentando y desarrollando sus capacidades vitales hacia cuatro direcciones que le van plenificando y le van descubriendo nuevos horizontes de posibilidades:

la verdad  
el bien  
la amistad  
el arte: la contemplación: la belleza

Todo hombre puede ser siempre más persona en la medida y al ritmo en que vaya poniendo medios para ir siendo:

veraz  
bueno  
amigo  
artista

Cada una de estas palabras necesita centrarse y aclararse para evitar malentendidos.

### **Frente a la verdad:**

Ser veraz es ser verdadero, es ser uno verdad y transparentarla sin doblez, sin engaño, sin segundas intenciones y sin intenciones menos rectas o torcidas; es decir sí o decir no, como Cristo nos enseña. La Verdad es lo que da el sentido a la vida. Para nosotros la verdad de Cristo es el sentido de la vida: y de cara a esta verdad, cada uno puede ser él mismo verdad, tratando de transparentarla en su vivir; entonces percibe el eco de lo cierto.

Otros, frente a la verdad, optan por la postura de «saber verdades». Saben muchas cosas de la verdad, pero viven sin que la verdad se haya realizado en su vida. No realizar lo que se sabe, es más penoso que no saber.

Hay otros que distanciados de la verdad que les haría libres, se dedican a «manipular verdades» queriendo y no consiguiendo ignorar, que el agua de la verdad, llevada o traída al molino de uno, se vuelve turbia.

Cuando se intenta vivir en la realidad con verdad, se va descubriendo y encontrando el sentido de la vida y con él, el valor y el sabor de vivir.

### **Frente al bien:**

El bien es el gozo de la vida.

El gozo de la vida y el gozo de vivir, de cara al bien; el que decide ser bueno es feliz, pero lo es, si es bueno no por recurso, inercia o comodidad, sino por convicción, por decisión firme, esclarecida y entusiasta.

Hay otra postura frente al bien, que es, en lugar de tratar con nobleza y verdad de ser bueno, dedicarse a «hacer el bien». Haciéndolo, se es feliz a veces, mientras no se espere ningún agradecimiento por parte de los beneficiarios. Para hacer el bien, bien, es necesario ser buenos, si no, el bien paternaliza al que lo ejerce, que se cree con ello comprar y gozar del derecho a corregir, a avisar, a sermonear, a reprender, a imponer...

Hay quien se dedica a hacer el bien para no ser bueno, como quien se dedica a negocios sucios, pero tiene uno legalizado que le sirve de tapadera.

Hay quien confunde el bien con tener bienes. Aunque tener bienes no es el mismísimo bien, tener bienes puede ser una posibilidad de bien, mientras no se olvide que el tenerlos puede ser también tener más posibilidades de distraerse y de poder dejar de pensar que no se es feliz.

### **Frente a la amistad:**

La amistad es el aliento de la vida.

Ser amigo, sentirse amigo, es tener alguien con quien poder pensar la vida en voz alta, con quien comunicarse sin filtro, con sinceridad llana y cálida; saber que hay alguien que nos conoce y nos ama, y porque nos ama, nos conoce, nos escucha, nos comprende, nos estimula a seguir adelante a pesar de nuestros fallos... aunque a veces haya tenido que amarnos a pesar de... La amistad cuando es verdadera, flota siempre como la misma verdad.

Otros, Frente a la maravillosa realidad de la amistad, optan por tener amigos; no está mal, está muy bien, pero es otra cosa; «tener amigos» va por distinto carril que el «ser amigo» Tener amigos es estar bien con todos, y es bueno que sea así, pero no debe olvidarse que esto que es bueno, puede ser un camino para seleccionar alguno o algunos, y sin menospreciar a nadie, alcanzar la posibilidad de conseguir lo mejor.

Otra cosa muy distinta es «servirse de los amigos». El cambiar la amistad por un servicio, puede ser una de las muchas maneras de dificultar, imposibilitar y hasta destruir la amistad.

Los amigos no son solamente para cuando los necesitamos. Los mejores, los de verdad, son los que con su vida nos apuntan hacia lo único necesario de verdad para nosotros, que no es sólo sacarnos de un apuro, sino tener con ellos una cordial comunicación, un clima fraterno que evitará o aminorará los despistes y las sinrazones que, a veces sin darnos cuenta, nos han colocado en el callejón sin salida de algún apuro que podría haberse evitado.

Los que no pueden entender esto y los que por otra parte rehusan la amistad porque prefieren sentirse libres, aunque no sepan serlo, suelen servirse de los amigos. A los amigos, o mejor dicho a los que ellos llaman amigos, intentan hacerles servir de medio, de instrumento o de trampolín para alcanzar otras finalidades, que siempre están por debajo del gozo y el ambiente que podría procurarles la amistad auténtica y verdadera.

### **Frente a la belleza:**

Solemos llamar contemplativo a quien, huyendo del mundo, se dedica a una vida de oración, lejos del lugar donde discurre la vida de las personas corrientes; pero aquí se trata de otra dimensión.

El sentido de la vida es una verdad que se entiende y asimila, que se plasma en el bien que realizamos, que se comunica en la amistad; pero que también en ocasiones se siente, se capta; es algo bello, ya sea simple o dramático. Y hasta puede captarse y materializarse en la actividad del hombre: la obra de arte, o simplemente el placer de la obra bien hecha.

Solamente quien es capaz de sentir, ante un paisaje, una música, o una cosa o persona cualquiera, esa sensación de unidad del espectador con el todo, con lo real, ha conseguido esta contemplación de que hablamos, y cuando este sentimiento hondo y definitivo lo tiene con algo que él mismo ha creado y que los demás pueden contemplar, es, desde luego, artista.

Y para el encuentro con uno mismo, que identificamos con el descubrimiento del sentido de la vida, es necesario que el hombre llegue también a esta dimensión contemplativa, de la belleza y el arte, que definiríamos como la captación del sentido sin necesidad de términos de explicitación

El saber ver con ojos nuevos las cosas de siempre es, por tanto, ya ser contemplativo, artista, aunque poco se «entienda» de arte.

De ahí que también en este campo haya quienes se refugian en saber de arte, en tener en la mente una especie de catálogo de obras, manifestaciones o expresiones artísticas, o un repertorio de opiniones críticas, para hablar de arte con los demás. Esto es positivo siempre que no se alegren más de lo que saben que de lo que pueden ver,

admirar y contemplar; y siempre que no se use para acomplejar al que percibe la belleza sin necesidad de cultura artística.

También hay quienes en su contacto con el arte persiguen sólo finalidad lucrativa: presumen, negocian y hablan de arte tan sólo para fomentar su vanidad o llenar su bolsillo. En esta onda estarían también quienes se refugian en lo bello para aturdir sus ansias de verdad de bien y de amistad.

La persona que ha tenido el encuentro consigo misma, o ha encontrado el sentido de su vida, o mantiene una actividad de búsqueda que le identifica. Quien ha creído encontrar la verdad, el bien, la amistad o belleza, y no se ha encontrado consigo mismo previamente, ha construido o aceptado un «tinglado» que le ocupa y, o no está en búsqueda o no es feliz.

**SU SER**



## IV. PERSONA –PERSONAJE –PERSONALIDAD

En cada hombre existen tres dimensiones a través de las cuales va expresando, traduciendo y transparentando su vivir:

la **persona**  
el **personaje**  
la **personalidad**

La persona es lo que de verdad se es. El hombre es persona, y en cada una de sus tres dimensiones, ha de moverse y ejercitarse como tal.

La persona es el reflejo, la expresión y el brillo de la intención concreta de Dios sobre un ser humano.

Ser persona es tener convicción y decisión, y saber afirmarlas en la vida.

Ser persona es una realidad siempre abierta a la facultad de serlo más y de serlo mejor.

La persona es un «qué».

La persona tiene valor absoluto.

La persona tan sólo puede ser captada, y nunca por completo, por la vía del sabiendo creer.

En ninguna situación ni circunstancia es posible conocer plenamente a una persona. La persona siempre es más, mucho más, de lo que podemos ver o entender de ella; por más que se nos revele siempre queda una parte misteriosa, sagrada, numinosa, que no emerge en la superficie, como un iceberg.

En el mundo interior de las personas es donde Dios ha situado lo más bello y maravilloso de su creación.

Cuando, en una confianza amiga, se tiene la feliz ocasión de poder contemplar los íntimos valores de alguien, le queda a uno siempre el asombro y la nostalgia de lo mejor.

El hombre ha sido dotado por Dios de la facultad de ser persona y por tanto con capacidad de:

- Convicción, para poder convencer y anclarse en la realidad con verdad.
- Decisión, para decidirse a realizar lo que de verdad le puede mejorar.
- Criterio, para acrecentar y emplear sus capacidades con:  
    intención  
    oportunidad  
    eficacia

La convicción es la espina dorsal de los convencimientos que se poseen, articulados y en punta, para afinarse en la realidad y realizarse en ella como persona.

La decisión es la disposición de hacer realidad lo que se desea.

Criterio es la voluntad de equilibrio en la verdad, para poseerla más plenamente.

Personas caben muchas en un mismo lugar y jamás se interfieren.

Cuando hay muchas personas reunidas, nunca hay masa, porque cada uno sabe lo que le mueve, y porque la amistad descubre sujetos de afecto, de comunicación, de ternura, de vulnerabilidad, de humanidad.

El personaje es lo que estamos llamados a representar en la vida normal, o en las «anormalidades» que se nos presentan.

El personaje expresa, traduce y transparenta el «como».

Todo el mundo tiene estereotipada toda la gama de personajes posibles, por lo que los roles raras veces pueden llegar a ser originales. La originalidad tiene lugar tan sólo, cuando por más importante que el personaje sea, siempre es mucho mayor la talla de la persona.

Cuando el personaje está en «números rojos» respecto a su persona, se produce una caída en picado de su imagen.

El hombre, en la vía de la normalidad de su vivir, se ve obligado a ser personaje:

comprador	vendedor	padre	hijo
cliente	profesional	madre de familia	casado
subordinado	jefe	soltero	ejecutivo
administrativo	técnico	ama de casa	súbdito
secretaria	artista	poderoso	político
obrero	intelectual	joven	mayor

Si se siente más personaje que persona, se erosiona él y erosiona su imagen; lo que resulta trágico para él y cómico para los demás, es cuando el personaje se come a la persona.

Lo óptimo es cuando en el personaje se transparenta la persona. Siempre que un personaje quiere hacer de persona sin serlo, se parece a un político en época de elecciones; busca aceptación y finge proximidad.

La personalidad es la capacidad de no olvidar nunca que se es persona cuando se tiene que ejercer de personaje.

Es la agilidad para recobrar la posición natural, que es la naturalidad, cuando se ha tenido que ejercer de personaje.

La facultad de ser siempre uno mismo, aunque sean distintas las circunstancias.

Las estructuras producen personajes, sujetos de derechos.

Entre personajes siempre se encuentran, porque casi siempre se buscan, motivos de rozamientos y hasta de frontales colisiones.

Los personajes defienden con uñas el orden de prelación, y al defenderlo, creen que defienden el fundamento donde se asienta la base de los ideales que ellos se sienten llamados a sustentar, porque a su vez sustentan el tinglado que les sustenta a ellos.

Muy raras veces los personajes se ponen de acuerdo, y casi es imposible que lleguen a compenetrarse; siempre salen por sus fueros; las ganas de figurar, figuran en el primer plano de sus intenciones.

Siempre que estés en el área de tu ser persona:

*Luz verde: Pasa*

Cuando estés en el área de personaje:

*Luz ámbar: Cuidado*

Cuando te creas ser o tener personalidad:

*Luz roja: Párate, no avances, eso no tienes que decirlo tú, tienes que esperar que te lo digan los demás. No te preocupes; si tienes amigos, ellos te lo dirán; pero no desesperes si tardan en decírtelo o no te lo dicen jamás.*

Basta que lo sepa Dios.

## V. LO HUMANO – LO NATURAL – LO NORMAL

La vida se va bordando en el cañamazo de la realidad que se va realizando en el marco de lo humano, lo natural y lo normal.

Tanto lo humano, como lo natural y lo normal, son conceptos ambiguos que tienen significados distintos y a veces contradictorios.

Cuando alguien o algunos han logrado un avance científico o técnico (llegar a la luna, descubrir una vacuna para erradicar una enfermedad), decimos que los humanos estamos llegando lejos... y cuando alguien arma una guerra o hace un desfalco, decimos por todo comentario: «qué le vamos a hacer, somos humanos».

Lo mismo sucede con lo natural; llamamos natural a lo que se presenta como lo produce la naturaleza, sin manipulación ni proceso para conservarlo o prepararlo. Pero también a usar lentes o dentadura postiza, lo llamamos natural.

Lo normal viene siempre circunstanciado por el lugar y el tiempo, lugar geográfico y época histórica; en el Polo Norte las personas han de ir como embutidas en sus gruesos y acolchados vestidos, y en África por el calor la gente circula sin vestido alguno.

Pero, supuesto lo anterior, y a riesgo, por tanto, de interpretaciones poco afortunadas, lo cierto es que todos sabemos contraponer lo humano a lo sobrehumano, lo normal a lo extraordinario, y lo natural a lo artificial o impropio.

Sin embarco, casi todas las llamadas a que las personas sean mejores, suelen en la práctica convertirse en llamadas a lo heroico, a lo insólito, a lo demasiado difícil.

Si el acento está en la persona, lo sustantivo será siempre lo humano, lo natural, y lo normal de esta persona. No su capacidad de hacer lo que nadie hace, en un sitio que no es el suyo y en un estilo que no es el usual.

De hecho, llamamos al hombre a ser él mismo, y a menudo después esperamos de él que deje o posponga su normalidad, en busca de supuestas perfecciones que no se identifican en el área de lo cotidianamente incorporable.

Estamos persuadidos de que:

lo <b>natural</b>	tiene	sentido	que hacen emerger en conexión con el sentido de la vida (con Cristo)	el <b>asombro</b> progresivo de lo real y lo verdadero
lo <b>normal</b>		valor		la <b>admiración</b> creciente de lo personal
lo <b>humano</b>		sabor color		la <b>alegría</b> que produce el eco de lo cierto

Cada persona, que es:

su	<b>sentido</b>	la verdad en su realidad más en punta
	<b>actitud</b>	la respuesta adecuada a su aptitud para irla plenificando
	<b>reacción</b>	la postura inmediata fáctica, espontánea y libre.

Ante:

las personas  
los acontecimientos  
las cosas

los manifiesta a los demás a través de su	<b>convicción</b>	sólida, firme y auténtica
	<b>decisión</b>	reflexiva, meditada, motivada
	<b>constancia</b>	en sus dos acepciones: <ul style="list-style-type: none"> <li>• que conste</li> <li>• que perdure</li> </ul>

Todo individuo es una potencialidad **CONSCIENTE, LATENTE, DINAMIZABLE.**

Que tiene: **DEPENDENCIAS** y **LIMITACIONES**.

Para que el hombre inicie su marcha hacia su plenificación personal, esto es, para que vaya siendo persona, ha de irse encontrando progresivamente consigo mismo.

<b>INTERIORIZANDO</b>	las ideas: conceptos personales
<b>PERSONIFICANDO</b>	
<b>DINAMIZANDO</b>	los acontecimientos: hechos concretos

Que se van sucediendo en su vida, y conforme le van sucediendo. La vida es, ni más ni menos, que lo que hacemos y lo que nos pasa; si se aprende a profundizar en los motivos.

<b>DE LO COTIDIANO</b> <b>DE LO NORMAL</b> <b>DE LO ORDINARIO</b>	<b>SE VAN SACANDO CONSECUENCIAS</b> <b>Y SE VAN SACANDO TANTAS...</b>
---	--

Que el vivir llega a ser un ir perdiéndose en la selva gozosa de las innumerables consecuencias que se van sacando.

Esto no significa, en manera alguna, desconectarse de la realidad, perder contacto con ella sino más bien todo lo contrario: estar pertrechado para poder tomar, desde sí mismo, la vida como una

aventura	vivificante dinámica apasionante integradora totalizadora gozosa	porque la fuente de la libertad y la alegría está en uno mismo.
----------	---	--

Quizá tan sólo Cristo, interiorizado y vivido por la Gracia, tiene la osadía, el buen gusto y la elegancia de desvelarnos, de hacernos caer en la cuenta de que la solución está dentro del hombre. Dentro de nosotros mismos. Extremo particularmente importante al margen del hombre, o contra el hombre, y siempre, en todo caso, para manipularle.

El hombre, que es un equilibrio de equilibrios equilibrándose, es también un proceso de procesos procesándose.

Un proceso de concientización:

Gradualmente va dándose cuenta o va cayendo en la cuenta de que toda persona tiene, normalmente, a lo largo de su vida unos pocos disgustos,

serios  
grandes  
«gordos»

las demás contrariedades, o te las buscas o te las buscan.

El secreto del buen vivir está:

En neutralizar los disgustos que otros te buscan  
Y en dejar de buscar los que te buscas tú.

Lo que esculpe a la persona no son las acciones que realiza, sino la actitud que le produce y la reacción que le causa el tropezarse con alguna imposibilidad; pues no hay duda ninguna de que el hombre es más hombre por la actitud que sabe adoptar ante lo que no puede hacer, que por lo que ha hecho o por lo que hace.

Los listos se diferencian de los tontos en que los primeros saben encajar los fracasos y los otros, difícilmente encajan los éxitos.

Los listos pueden engañar a muchos, pero jamás consiguen engañarse a sí mismos. Los tontos por el contrario se engañan a sí mismos, y es muy difícil que consigan engañar a nadie.

## VI. IMAGEN Y SEMEJANZA

### AGRADECIMIENTO — ADMIRACIÓN

Todos hemos oído que el hombre fue creado por Dios «a su imagen y semejanza», pero se diría que el parecido ha quedado un tanto incompleto, como si el mismo Dios hubiera querido que el propio hombre se involucrara en el proceso de completar su creación.

Cuando sabemos observar al otro con ojos limpios, resulta fácil descubrir en cada hombre la imagen de Dios. En su propia estructura de hombre, en su ser, toda persona trasluce la unión de todo lo creado, su radical ansia de amor personal, que si es observada con observación inteligente y atenta, produce siempre asombro, porque remite al propio ser al propio amor de Dios. Cuando esa imagen la descubrimos dentro de nosotros mismos, encontramos una fuente inagotable de alegría; nos sentimos unidos a los demás por dentro, por el núcleo más personal de la persona, y esta imagen incluye incluso una dosis de misterio que, al intuirse, la hace más interesante.

La semejanza es otra cosa. Diríamos que cada hombre posee ya la imagen de Dios, pero tiene que ir consiguiendo, con su comportamiento, la semejanza anunciada.

Incluso los que han hecho de su vida una afirmación de lo más negativo, siguen ofreciendo en muchas cosas la imagen de Dios que nos ama; pero solamente quienes han desarrollado y siguen desarrollando su ser de persona en conjunción con los demás, nos ofrecen el perfil de semejanza.

Lo que destaca más, y causa siempre admiración y asombro, es la imagen. La semejanza, si se da además, se agradece.

Por desgracia, es frecuente que no reaccionemos así, y nos dediquemos ante el otro a criticar su «desemejanza» olvidando su imagen; porque no somos capaces de ver que en nuestro mundo el hombre, al intentar ser él mismo, está casi impelido a ser egoísta; al intentar ser mejor está abocado al orgullo; y al intentar ser más, está rozando la ambición. El prototipo negativo para muchos es el de

alguien egoísta, orgulloso y ambicioso. Si supieran ver la imagen, descubrirían asombrados a alguien en la búsqueda de sí mismo, con sentido de su dignidad y afán de superarse.

Y muy a menudo, cuando encontramos la semejanza, no sabemos reconocerla, es decir, agradecerla.

Lo más hondamente humano es el agradecimiento.

Cuando se tiene conciencia de lo que uno es, de que la vida es un don, y uno siente fluir en sí mismo el don de la vida, no puede menos que sentir agradecimiento.

Ser agradecido es la mejor manera de responder y de corresponder al don.

El síntoma más patente de vitalidad cristiana es el agradecimiento.

Cuando este agradecimiento brota desde dentro, y a través del deseo, de la voluntad y de la decisión, emerge en la vida de uno, muestra todo vigor, el empuje y la fuerza de su persona.

El agradecimiento a Dios sitúa, centra y esclarece el agradecimiento a las personas que pueblan el mundo, el entorno y el ambiente donde se desenvuelve normalmente la vida.

agradecimiento a Dios  
agradecimiento a los hombres

significa que:

se siente criatura  
se siente hermano de los demás.

La persona que sabe ser agradecida es jovial, abierta, comunicativa, atenta, despierta.

El ser agradecido da un talante especial, inconfundible. Diríase que da nervio y vida a la cristalización y a la fermentación de lo cristiano.

El agradecimiento no es, como puede pensar uno que no piensa en profundidad,

servilismo  
chaqueteo  
pelotilleo.

El refrán que dice que «es de bien nacidos ser agradecidos» expresa una verdad muy viva, que puede avivar y dar brillo a muchas situaciones.

Ser agradecido es muestra inequívoca de ser sensible, atento y deferente. Algo de simpatía, de cariño y hasta de ternura, emerge siempre en el rostro de la persona que sabe y procura ser agradecida.

El área de los derechos, en todos los sentidos, se ha ensanchado tanto, que queda muy poco espacio para la gratuidad.

Todo el mundo se cree con derecho a todo.

El cumplimiento escueto y pelado de la ley, no es capaz de entusiasmar a nadie; lo que de verdad alegra es lo que se hace porque sale de dentro, porque le da a uno la gana, por el gozo que produce más allá de lo que se debe hacer, por el desinteresado interés de hacer lo que uno quiere.

La admiración de los santos es una dimensión visible y agradable del dogma de la comunión de los santos.

Asombrarse ante lo que es de verdad maravilloso es claro síntoma de fina sensibilidad y evidente buen gusto. La admiración no es ni la adulación interesada, ni halago superficial; es algo más profundo, que emerge al captarse con asombro entusiasmado, algo de la motivación íntima de una persona, por lo que la vamos conociendo tal cual es.

Cuando una persona se encuentra con otra, el mismo encuentro fomenta en cada uno la facultad de saber pasmarse, admirarse, asombrarse ante lo real y lo verdadero.

La admiración auténtica consiste en saber ver al otro como persona, y por tanto como ser singular, único e irrepetible, como ser personal que deviene porque vive y aviva muchas cosas con su vida.

Hay quién se admira ante lo insólito, lo que suele ser indicio inequívoco de superficialidad, y hay quien se admira ante lo cotidiano,

lo corriente, lo normal —actitud que revela una evidente profundidad—.

La adulación nos hace hablar más de la cuenta.

La admiración, nos hace caer en la cuenta de que más que de hablar, se trata de saber asombrarse ante lo sencillo, lo simple.

# **SU HACER**



## VII. EL PRINCIPIO DE INQUIETUD

La actitud personal capaz de posibilitar cualquier realidad realmente positiva es la que identificamos como inquietud.

La insatisfacción que el hombre siente respecto a sí mismo y a su entorno está presente en todos los esfuerzos por avanzar hacia su mejora, y es asimismo requisito imprescindible para poder captar y aprovechar —aún sin esfuerzo— las oportunidades de avance y cambio hacia la plenitud.

Se trata, por tanto, de una actitud de búsqueda que debe estar presente de forma coherente en todos los planos en que se realiza la persona. Por su misma dinámica, nunca se agota; puede suceder que la búsqueda desemboque en un encuentro, pero con seguridad este encuentro ha sido fallido si a su vez no actualiza y renueva la búsqueda de nuevas y mayores cosas.

Resultan, pues, alejadas de nuestro criterio, tanto las actitudes que excluyen, adormecen o sustituyen la inquietud en el hombre, como las que limitan el vivir humano a la insatisfacción como referencia.

En primer lugar, son las actitudes de satisfacción personal las que se perfilan como alejadas del núcleo de lo verdaderamente humano. Quien está satisfecho de lo que es, de lo que hace o de lo que tiene, por teóricamente bueno que ello sea, está a muchas millas de poder paladear lo genuinamente humano, Esta diferencia entre «estar lleno» y avanzar en plenitud.

Tan frecuentemente como las actitudes de satisfacción, y tan alejadas como ellas del principio de inquietud, están las actitudes de «seguimiento». El hombre, en este caso, sustituye su necesidad íntima y personal de búsqueda de lo mejor, por la sumisión a alguien que considera maestro o que siente como un líder, identificando su propia mejora con su aproximación o su imitación a ese otro, que seguramente idealiza en buena parte. Quien está inquieto y en búsqueda es capaz de admirar a suficientes personas al mismo tiempo, pero ser incapaz de

identificar su mejora, su plenitud, con el avanzar por un camino ya abierto, que por bueno que sea nunca es precisamente el suyo.

Una variante de las dos posturas antes mencionadas —satisfacción y seguimiento— es la de dogmatismo, asimismo alejada del principio de inquietud. Cuando las verdades no son vivas, carecen de la dinámica que les da su proyección y su choque con la realidad y se fosilizan. Generan en el hombre, estas verdades una vez fosilizadas, una referencia de seguridad que parece calmar las inquietudes básicas y con ellas la tensión y el desasosiego. Pero esta actitud deriva siempre o bien hacia el choque frontal entre ideas y realidad capaz de poner en crisis toda la ideología, o bien produce en el hombre una sistemática deformación de la realidad, para que pueda seguir pensando en la validez de sus ideas, a contrapelo de constantes evidencias.

En el otro margen del principio de inquietud, identificamos también diversas actitudes personales que, por contraste, nos ayudan a perfilarlo.

Cuando la persona que no ha archivado sus inquietudes no está sin embargo a la altura de las exigencias y responsabilidades que dichas inquietudes le impulsaban a adoptar, suele refugiarse en un «críticismo» permanente. Tiende a enjuiciar a los demás y a lo demás sobrevalorando sus carencias y limitaciones, destacando sus contradicciones; y así llega a descalificar precisamente a las personas y realidades que podrían saciar, renovándola, su enquistada insatisfacción universal. Curiosamente, esta actitud es a menudo compatible con la autosatisfacción.

Cuando la inquietud invade también los pliegues de la propia persona, pero no genera una dinámica de plenitud sino simplemente la conciencia de lo que está mal, la persona entra en una actitud de auténtica depresión, sin que ello tenga generalmente nada que ver con la psiquiatría. Diríamos que mientras la actitud depresiva destaca lo que está mal, el principio de inquietud resalta lo que aún está mal, y descubre las posibilidades de su transformación.

Hemos identificado ya en otras ocasiones las notas que caracterizan esta inquietud que entendemos es el crecimiento de todo avance, refiriéndonos a una inquietud sana, recta, sincera e ilusionada.

La inquietud ha de ser sana; es decir, no enfermiza, ni alumbrada únicamente en las frustraciones que inevitablemente se han experimentado. Tendrá tan en cuenta los fracasos como los no menos reales momentos de alegría y de íntima sensación de plenitud. Es además sana la inquietud cuando no es interesada, cuando su fuerza motriz no es básicamente un «para qué», sino un «por qué».

La inquietud es recta, cuando es fruto de una mínima coherencia interna. Es decir, cuando no es cambiante en su contenido, aunque lógicamente su proyección sí cambie, al plasmarse ante personas, realidades, y cosas cada vez distintas.

La sinceridad en la inquietud es otra de sus esenciales piedras de toque, ya que con excesiva frecuencia tendemos a proclamar las inquietudes que nos gustaría tener y no las que realmente sentimos, hasta el punto de acabar creyendo que las tenemos. Solamente la adecuación entre inquietud y actividad real, y la correspondencia entre inquietud y sentimiento, nos da la medida aproximada de la sinceridad de nuestra insatisfacción. Cuando por razón del puesto que socialmente ocupa, se atribuyen a una persona determinadas inquietudes que debería tener, esa persona tiende a plantear la ecuación exactamente al revés; cualesquiera que sean sus sentimientos y su actividad, tiende a pensar que unos y otros son simple proyección de aquella inquietud, que quizá alguna vez tuvo. Así, el político profesional tenderá a creer que lo que hace, dice y piensa es fruto de su inquietud por el bien común de sus conciudadanos; como el «católico oficial» —clérigo o seglar— tiende a pensar que sus acciones responden a una actitud de amor al prójimo. Otra cosa es si en realidad mantienen en acto estas disposiciones de ánimo.

Además de sana, recta y sincera, la inquietud a que nos referimos debe ser una inquietud ilusionada. De ahí que sólo las inquietudes referidas a lo que es posible, o a lo que uno cree que es posible conseguir, puedan resultar creativas. La ilusión no es un espejismo, precisamente cuando está respaldada por una inquietud que mueve, por una parte, a actuar, y por otra, a estar en disposición de apertura, para descubrir las oportunidades o las inquietudes afines de otras personas que pueden ayudar a su realización.

Es por desgracia muy frecuente, concretamente en el campo de lo cristiano, que haya quienes se dedican a cultivar en los demás las

inquietudes que precisamente quedan fuera de su área real de posibilidades. Subrayar los problemas de macroeconomía y macrosociología al cristiano de a pie, que debe conocerlos, pero que no los puede solucionar, es tan estéril ahora, como antes lo era hacerle creer que era Dios quien quería las desigualdades y enviaba como castigo las plagas y las épocas de hambre. El nuevo cristiano a quien se le cultiva en exceso su sana inquietud por los temas de estructuras que le son lejanas, tiende a minusvalorar los problemas de su normal cotidianidad, cuando precisamente es en la vía de amistad real con sus próximos, donde puede alimentar su inquietud y su realidad al mismo tiempo, hasta llegar por su propia dinámica de insatisfacción ilusionada, a poder incidir en campos que antes sentía como muy lejanos, porque precisamente lo eran. No cabe la inquietud estática del profesional del bien, ni debe caer el «salto de caballo» ajedrecístico de dedicarse a saciar necesidades que son reales, pero no cálidas ni inmediatas.

Inquietar para lo imposible es, además de sembrar decepciones, incapacitar para lo realizable.

## VIII. CAMPOS DE ACTIVIDAD

Las distintas concepciones del hombre, ven en su vida cuatro campos esenciales de actividad: el amor, el trabajo, la religión y la diversión, que se influyen entre sí, pero que alcanzan un lugar y un peso específico, cada uno de ellos.

Esta visión antropológica la comparten y la asumen la práctica totalidad de las «religiones», que dan primacía al campo de la actividad específicamente religiosa, para desde él influir en los otros tres, a través de su proyección moral.

Por la tendencia a institucionalizar su actividad, cada hombre tiende a ser, por ello, miembro de una confesión religiosa, de una empresa, de una familia y de algún club.

El Evangelio viene a romper este esquema de siempre. La religión no deberá ser un campo más de actividad del cristiano, sino el punto de mira —la lente de su visor—, el eje vivo de los tres campos de la actividad humana, que les da sentido, verdad y bondad en cualquier tiempo y lugar.

Esta es la diferencia básica que percibimos entre religiosidad y fe. Las «religiones» como expresión, muchas veces admirable, de lo que los hombres han hecho para aproximarse a Dios, se enfrentan así de algún modo a la fe, que es percepción viva y cálida de lo que Dios ha hecho para acercarse a nosotros, los hombres.

Como el contenido de la fe es el gozo de saber que Dios nos ama, es la fe lo que mejor nos impulsa y estimula a la más plena realización de nosotros mismos, en un proceso de identificación en lo que somos y en lo que podemos ser, por la dinámica que suscita este amor que Dios nos tiene.

Es desde el núcleo vivo de las realidades fundamentales de la fe, que el cristiano consciente de su misión ha de:

enfocar	su vida
centrar	
planificar	
motivar	
dinamizar	
plenificar	

siguiendo este mismo proceso en las tres vertientes normales de su vivir:

el amor  
el trabajo  
la diversión

para que en cada uno de los tres campos de su actividad normal vaya siendo lo cristiano, la plenificación constante de lo mejor posible.

Cuando el estímulo no es la realización de sí mismo, en cada apartado de su realidad, se produce indefectiblemente un error de rumbo, que imposibilita dar en la diana de la plena plenificación de su persona, y el pleno despliegue de sus potencialidades y cualidades, y a la vez la constante disminución progresiva de su egoísmo, su orgullo y su ambición, únicamente posible al ir las posibilitando.

El cristiano que procura honradamente que Cristo esté en el eje de su persona, motiva, dinamiza y orbita, su ser y su hacer hacia su plenitud.

Su ser de fermento y su hacer de fermentador en el amor, en el trabajo y en la diversión, valora el valor absoluto de cada persona que se encuentra y patentiza el valor con que lo valora, son su interés, con su respeto, con su acogida, con su gesto y con su atención.

Valorar el valor de las personas que valen —y valen todas— y sobre todo aprender a valorar las que tenemos más cerca, aquí y ahora y desde ya, es el cometido más evangélico y más eficaz que podemos aportar al mundo.

La fermentación cristiana del amor, del trabajo y de la diversión, no se logra con «acciones cristianas» más o menos bien intencionadas, sino tratando de reaccionar cristianamente, ante todas las circunstancias —sean favorables o adversas—, y procurando valorar cada suceso con un criterio y talante evangélico, despertando,

acrecentando y respetando la iniciativa y la creatividad de todos, en el diálogo sincero y acogedor, viendo en cada persona la imagen de Dios, y colaborando a facilitarle, simplificarle y posibilitarle a cada uno, la constante y —a veces dura—, labor de ir consiguiendo la semejanza.

Para que la semejanza del cristiano se vaya adecuando cada vez más a Aquel de quien es imagen, será necesario que aporte su convicción, su decisión y muy especialmente su constancia, porque siempre acecha la sutil pista de despiste, que sin darse apenas cuenta, le hará volver a enfocar el trabajo por el trabajo, o por el amor, o por la diversión y, sucesivamente así... hasta encontrar, que imperceptiblemente, la religión ha vuelto a ser un campo específico de actividad, aparte u sin influencia en la vida.



## IX. TRIPLE ACTITUD ANTE LO REALIZABLE

### DEPENDIENTE — INDEPENDIENTE — PENDIENTE

Ser persona y serlo de manera consciente, exige, requiere y reclama una adecuada y precisa disposición. Reclama estar pendiente. La persona, que es siempre capacidad de convicción y capacidad de decisión, expresa su vitalidad estando pendiente siempre de algo o de alguien. Estar pendiente es estar atento, ojo avizor, despierto y con las manos al volante de su vivir, para ir dándose cuenta de lo que sucede, intentando saber por qué sucede, e intentando también prevenir, saber y calcular las consecuencias que puedan derivarse de determinada acción concreta. Estar pendiente capacita a la persona para afrontar la vida, poniendo en juego todas sus posibilidades, virtualidades y cualidades.

No obstante todo esto, el hombre parece inclinado a no querer estar pendiente y fastidiándose a sí mismo, a veces sin darse ni siquiera cuenta, opta por ser, por inercia, por despiste, por tontería, dependiente o independiente. Estas dos actitudes —querer ser dependiente o independiente— actúan como de pendiente para situar al hombre en la sumisión, o por el contrario en la rebeldía. Los dependientes no piensan por sí mismos; o no piensan, o piensan tan sólo lo que para ellos piensan los demás. Los independientes, los siempre rebeldes, suelen pensar siempre mal.

La posición del hombre que es y quiere sentirse persona es estar siempre pendiente de todo, de algo, de alguien, con todos los brotes de los tallos de su ser y sentir, y con todas las antenas de su entender, para captar las cosas, los acontecimientos y, y sobre todo, las personas.



# **SUS VIRTUALIDADES**



## X. PROCESO DE MADURACIÓN DE LA PERSONA

El proceso de maduración de la persona reclama, exige y precisa un primer encuentro de cada uno consigo mismo, requisito imprescindible e indispensable para poderse encontrar después, o simultáneamente, pero nunca normalmente antes, con Cristo y con los hermanos.

Este primer encuentro de uno mismo consigo mismo, es el único que facilita, simplifica y posibilita lo que podríamos llamar la estructura para que puedan darse los demás encuentros.

El primer estadio que tiene que recorrerse es el de la identificación de sí mismo consigo mismo, que implica la aceptación de los condicionantes ambientales, culturales y sociales que pueden bloquearlo, o actuar de plataforma, al menos inicial, de su actitud personal y que, por más adversos que sean en todo momento, su personalidad puede ir positivando.

Simultáneamente con este proceso de aceptación y encaje de su entorno, el encuentro consigo mismo se traduce en que va descubriendo sus cualidades, e interiorizándolas como posibilidades, y va identificando sus limitaciones, para aceptarlas con naturalidad y ver de ir las haciendo avanzar, después, sacando el mejor partido de ellas.

En encuentro con uno mismo es algo que siempre va siendo; nadie puede decir con verdad que se conoce, pues existe la visión objetiva: quien soy y quien creen los demás que soy; y la visión subjetiva: quien creo yo que soy, y quien creo que los demás piensan que soy yo.

Para irnos aproximando hacia nuestra autoidentificación personal, podemos preguntarnos:

¿Qué me mueve?

¿De qué estoy convencido?

¿A qué estoy decidido?

La capacidad de asombro, implica tanto la capacidad de disfrutar como la de afrontar circunstancias adversas que tenemos las personas. Esta capacidad de asombro, unida a la capacidad de convicción y a la

capacidad de decisión, realmente utilizadas, expresan y patentizan la dimensión de la persona.

La capacidad de convicción y la capacidad de decisión, puestas al servicio de la realización de su convicción en la vida, son la pista de despegue y desarrollo de la persona.

El hombre es un equilibrio de equilibrios equilibrándose, y tiene que irse equilibrando, no con el equilibrio del equilibrista, sino con el equilibrio que le puede proporcionar el Evangelio de Cristo.

Porque Cristo es el único que nos puede proporcionar la proporción proporcionada.

La proporción, en el sentido de lo preciso, lo que conviene, lo oportuno. Y en el sentido de que nos la proporciona, nos la facilita, nos la procura, nos la hace llegar a nosotros. Este sentido de la proporción adecuada, precisa, oportuna, es la meta que tiene que notar nuestra vida.

El hombre pensado y creado por Dios para vivir la alegría que se desprende de la verdad que le hace libre, a veces parece que está especialmente empeñado en vivir a nivel de medias verdades que lo complican, sin liberarlo.

La verdad es rotunda, clara, diáfana, con potencia de suscitar un dinamismo irreversible que todo lo puede potenciar.

Cuando uno va hacia lo que quiere conseguir y pone en ello su esfuerzo honrado y constante, suele ir serenándose y alegrándose a medida que lo consigue, en el terreno de lo natural, lo normal, lo humano. La meta suele orientarse hacia las vertientes más acusadas de su vivir:

El amor  
El trabajo  
La diversión

Todos necesitamos crecer, desarrollarnos en cada uno de estos apartados, pero lo humano no es matemático, ni mecánico. El hombre, normalmente va empleando su libertad y su esfuerzo para encaminarse hacia lo que constituye el ideal de su vida, y ello va marcando su

trayectoria vital. Aún sin alejarse de ella, la estrella de su ilusión se posa a veces en el amor, otras en el trabajo y otras en la diversión.

En algunas ocasiones puede ser que el guión de lo coyuntural le exija una dedicación más densa y concentrada, por ejemplo en el apartado del amor, que no se ciñe tan sólo a lo familiar y que puede extenderse indefinidamente a cada una de las zonas del vivir, gracias a su conexión con la amistad; mencionaríamos como coyunturas especiales:

el enamorarse  
el casarse  
el nacimiento de un hijo o de un nieto  
un bautizo  
una primera comunión  
una fiesta familiar importante  
la enfermedad  
el accidente de un amigo

todos estos acontecimientos y muchísimos más, propician y hacen propicia,

la cualidad  
la capacidad  
la facultad

que tiene cada hombre de poder ser amado y de poder amar.

El apartado del amor es sin duda el más significativo del hecho de ser hombre.

En realidad no es propiamente un apartado, pues es el que vitaliza, impregna y riega, toda la circulación de lo vivo en el hombre, a menos que no se intente reducir al exclusivo ámbito de lo familiar.

El hombre ha sido:

pensado  
creado  
redimido

por Dios, por y para el amor.

La piedra angular de la vida, de toda vida, es Cristo.

Cristo dice, de la verdad, que es Él. Y fundamenta toda la restante verdad. Él es «La Verdad», por la que todas las cosas son verdaderas. Todas las realidades de Él fluyen y a Él confluyen. A las realidades orbitadas por su verdad, las hace mensajeras de un significado, que flota siempre sobre el mar de los acontecimientos, brindándoles la esperanza y la certeza de que todos tienen un auténtico y dinámico sentido.

Cristo es la manifestación viva, normal y cercana de que Dios ama al hombre, a todos los hombres en general y a cada uno en particular.

Dios me ama —esta es la verdad más verdadera y el bien más bueno, el único valor que valora todos los demás, y que jamás se desvalora, porque es calcular el valor de lo que vale, al cambio que no cambia—.

Es también la realidad más viva, más real y más dinámica; el móvil, la orientación y el ritmo de la realización más eficaz, más personalizante y más plena.

Esta realidad, al ser captada, comprendida, vivida y convivida por la persona, se le hace rotunda, clara y diáfana, con fuerza para suscitar un dinamismo que todo lo puede potenciar. Impulsa las personas desde sí mismas, los acontecimientos y las cosas, hacia su más radical originalidad, hacia su más dinámica creatividad y hacia su más desbordante plenitud.

Esto nos hace verlo todo desde un ángulo real, pero al mismo tiempo optimista, alegre, entrañable y asombrado.

Es la manera de ver las personas, los acontecimientos y las cosas desde la perspectiva de Dios.

Es que amar es lo único y todo lo que puede hacer un cristiano en cuanto tal, y es la condición previa para que pueda ser cristiano todo lo que hace.

Por tener tan importante extremo descuidado, lo cristiano a veces carece de vigor, de empuje y de garra, y es realizado, no en la vida

(motivándola, dimanzándola y fermentándola), sino en el área pía. Ésta es la razón del por qué siempre hacen lo mismo de siempre, los de siempre, con la desgana de siempre, acompañados de los de siempre.

En encuentro con Dios, es un encuentro con su persona, con la persona de Cristo vivo, normal, cercano:

- Cristo vivo; que vive en ti, por la gracia consciente, creciente y comunicada, te irá avivando y reavivando lo que hay en ti más vivo.
- Cristo cercano; tan cercano, que tu convicción y tu decisión llegarán a ir siendo testimonio evidente, manifiesto y contundente de su entrañable y cálida cercanía.
- Cristo normal; para que de Él vayas aprendiendo el difícil arte de ir sabiendo ver la maravilla que contiene lo corriente, lo llano, lo cotidiano, lo de siempre... cuando es acogido con el amor del que sabe que la vida es un don que puede ir descubriéndose y valorándose en cada detalle del vivir.

El encuentro con Dios es un encuentro con su palabra de vida que a la vez es verdad y es camino.

En cualquier encrucijada de la vida, en cualquier dificultad, contrariedad o enredo, la luz de Cristo ilumina, esclarece y abriga el panorama.

Cuando una persona se ha encontrado con Cristo, y el encuentro se dilata y es conocimiento y es amistad, suele seguir, sucesiva o simultáneamente, por estos tres caminos:

Habla de Cristo, cosa normal porque de la abundancia del corazón habla la boca.

Habla con Cristo, lo cual es mejor, porque la oración sincera siempre nos hace sinceros con nosotros mismos y con los otros.

Y sobre todo: deja hablar a Cristo, que evidentemente es la mejor postura que puede adoptar un cristiano que quiera mejorarse y mejorar.

El encuentro con los hermanos tiene sin duda dos vertientes: los distantes y los cercanos.

Cuando por cristianos nos estamos concienciando de que existen en el mundo hombres que carecen de todo, que pasan hambre, que no tienen casa, que no encuentran trabajo, que no pueden vivir, y que a duras penas sobreviven, no podemos menos que preocuparnos por ellos, rezar por ellos, y hasta hacerles llegar generosamente lo que nuestra conciencia nos dice y nuestro bolsillo nos permita.

Ante este panorama tenemos el peligro de hacer el bien para no tener que ser buenos, pues puede haber quien rece para inhibirse, y quien lo haga para exhibirse.

Evidentemente, quien se entiende con Dios no toma ninguno de estos caminos, sino que sabe muy bien que creer en Dios significa descubrir al otro como absoluto, y tratar de obrar en consecuencia.

Ser amigo del cercano es la traducción más exacta y actual de amar al prójimo. Sólo en la medida en que amemos a los de nuestro entorno de tal manera que ellos se sientan comprendidos y amados como personas —por lo que son, y no por el personaje que significan—, podremos pensar que nuestra preocupación por los lejanos es legítima.

Sin duda ninguna lo más acuciante, perentorio y apremiante que se puede y se debe hacer respecto a los demás, es evidenciarles, de la mejor manera posible, que la vida tiene sentido. Tal vez hoy Dios permita el absurdo, para que los hombres busquemos con más vehemencia y empeño el sentido del vivir. El sentido es el mejor hallazgo que podemos experimentar y la experiencia que nos va a permitir movernos con más ímpetu y más soltura hacia la plenificación de nuestra persona en su ser y en su hacer.

## XI. EN UNA IGLESIA DE PERSONAS

### PERSONAS DE IGLESIA — IGLESIA DE PERSONAS

Es frecuente hablar de «hombre de iglesia»; a estos hombres de iglesia les gusta más obedecer que saber por qué obedecen, como les gusta más mandar que compartir.

Para ellos es mejor estar aparcados en «la obediencia», que correr el riesgo que siempre supone circular por la carretera de la vida.

Practican y practican.... trivializando con su superficial actitud, el denso contenido y la honda significación que el dirigirse a Dios, implica.

Enseñan, siempre enseñan... tal vez una de las más desdichadas imágenes que el mundo percibe del cristiano, sea verlo siempre como el que enseña, señala, apunta, denuncia...

En lugar de mostrar, sencilla llana y humildemente, prefiere demostrar lo que sabe; y mejor si al hacerlo, puede emplear el camino más complicado, más abstruso y más epatante.

Sermonear, corregir, amonestar, es para ellos el ejercicio preferido. Siempre están de vuelta, no tienen capacidad de asombro y no admiran a nadie, pues acostumbran a observar a las personas tan sólo con la estrecha dimensión y el estrecho trecho de su comportamiento o de su colaboración en el tinglado de turno, del que ansían llevar el timón para poder mandar sobre los demás. Disfrutan tanto dando órdenes que les cuesta comprender que cuando todo está en orden no es necesario dar órdenes.

Sus objetivos preferentes son:

- Obedecer: les gusta más obedecer que pensar, y prefieren recibir órdenes que emplear el criterio.
- Practicar: el exceso de religiosidad les enreda y les empaña el gozo de la Fe.

- Enseñar: disfrutan «soltando» lo que saben, que siempre suele ser más de lo que viven.
- Dar: dan, y a veces se dan tanto, que paternalizan situaciones que resultan incómodas a los favorecidos.

En cambio no es tan frecuente encontrar realidades que muestren una Iglesia de personas.

En una Iglesia de personas los cristianos saben que el Reino de Dios está dentro de nosotros mismos, y que se afirma, se desarrolla y se extiende, a la medida y al ritmo en que cada hombre va descubriendo y acrecentando su ser de persona.

Entonces el hombre va inventando y realizando con nobleza y honradez su margen de libertad, que se manifiesta en su realidad, tanto por obra y gracia de Dios como por el ejercicio de su voluntad de persona, de sus deseos y sus decisiones que utiliza para

amar	a las personas
perdonar	
comprender	de las personas
esperar	

Todo esto para que pueda ser encarnado con sinceridad en su realidad, exige que sea realizado por él, en el interior de sí mismo.

---

amándose:	sabiendo valorar lo que es
perdonándose:	sus equivocaciones, sus meteduras de pata, sus fallos, sus faltas... pero poniendo un interesado interés en irlas eliminando.
comprendiéndose:	cosa enormemente difícil, porque nunca nos llegamos a comprender del todo.
esperando:	ejercitando la virtud de la esperanza, pero recorriendo toda la pista de lo posible, para poder pedir a Dios que, cuando sea preciso, El, que es el único que puede hacerlo, haga lo imposible.

---

Todo lo expuesto, a medida que va siendo en la persona motivo, orientación y meta de su ser y su hacer, va logrando que por él, lo

cristiano incida en las demás personas, y por ellas en los acontecimientos y las cosas.

Los que, por irlo descubriendo, reflexionando y ejercitando en sí mismos van concientizándose y alegrándose al comprobar que

amando, logran que muchos amen  
perdonando, logran que muchos perdonen  
comprendiendo, logran que muchos comprendan  
esperando, logran que muchos esperen

Cuando uno se lanza al ruedo apostólico sin que rezume por todos los poros, porque sea verdad en él, que la vida merece vivirse, mejor es que rece y que no se exponga a desacreditar lo cristiano.

Sólo una Iglesia de personas puede acercar al hombre la realidad del Reino de Dios.

El Reino de Dios está dentro de nosotros mismos.

Hay muchos empeñados en hacer creer que Dios está en todas partes, menos ahí, dentro de nosotros mismos.

Parece que todo está montado y dispuesto para que el hombre no se encuentre consigo mismo, ni con Cristo que está en sí mismo, que es el área donde Dios quiere mirar y donde se encuentra más a gusto.

A los hombres, según la época, se les ha ido haciendo creer que el Reino de Dios se encuentra en unos u otros lugares.

Así se viene consiguiendo que la inquietud (que tiene por misión inquietar para el bien y para lo mejor cuando es sana, recta, sincera e ilusionada), se distorsione y sea tranquilamente aparcada en:

la religiosidad  
la moralidad  
la política  
la ortodoxia  
el dogmatismo  
la autoridad  
y hasta en el «apostolado»

El Reino de Dios se va perfilando y concentrando en el mundo de las personas, cuando éstas van valorando la vida con los valores que Dios valora. Así, la vida cobra valor, tiene sentido y tiene sabor.

Cristo, es la verdad.

Cristo dice la verdad y fundamenta toda la restante verdad por la que todas las cosas son verdaderas. Cuando Cristo es el norte, ya no se puede tener según qué sur, y los que tienen buen gusto, que son los que saben encontrarle el gusto al vivir, suelen abandonar el sur y se dirigen hacia el norte.

Cuando el hombre está nortado en Cristo, sabe interpretar los acontecimientos a la luz de la fe, y va descubriendo que todo llega a ser una manifestación de su amor. A menudo, aunque intenta situar a Cristo en el eje de su persona, a veces le cuesta lograrlo, porque al hombre le cuesta convencerse de que en el interior del hombre está la verdad.

El Reino de Dios no es de este mundo, pero es el que da alegría, entusiasmo y plenitud a los reinos de este mundo.

En esta perspectiva se vive ilusionadamente la verdad de que Dios nos ama. Esta es la realidad fundamental que las fundamenta todas:

Dios nos ama  
Dios te ama  
Dios me ama

Esta es la verdad útil para captar la realidad y la realidad que nos permite captar la

Verdad  
La creación  
la Sagrada Escritura  
el mundo de las personas  
el mundo de los acontecimientos  
el mundo de las cosas

no son más que manifestaciones de esta única verdad:

Dios te ama  
Dios me ama

Si examinas tu vida a la luz de esta verdad, esta verdad te echará luz sobre las demás verdades.

La verdad de Dios es Cristo, que es la única verdad que puede esclarecer totalmente la verdad del hombre

cuando se		mira		al hombre
		ve		
		admira		

como lo ve Dios, nos damos cuenta de que cada uno es:

singular  
único  
irrepetible

Tan sólo desde este punto de vista podemos ir descubriendo la mayor grandeza del ser humano, que es siempre su posibilidad de ser y de ir haciéndose persona.

Lo humano es la mejor pista de lo cristiano.

Y Cristo se hace presente en el mundo por medio del hombre cristiano.

Cuando lo cristiano parte de su núcleo vital que es Cristo, e impacta la persona, captando su atención, se inicia un proceso que, si no se interrumpe, va volviéndose progresivo hasta llegar a la punta de su intención.

Cristo empieza en él, siendo algo que atrae, magnetiza y hasta fascina, a la medida y al ritmo en que este algo se convierte en Alguien concreto, vivo, cercano, actual, que ilumina, esclarece y diafaniza el mundo de las personas, de los acontecimientos y de las cosas.

Cada uno como persona puede identificarse plenamente a la luz de Cristo, y el ir conociéndose a sí mismo, que es labor primordial a cumplir por todos, siempre y toda la vida, es facilitada, posibilitada y simplificada, pues se tiene y se posee, el punto de luz indefectible, permanente y seguro para irse

centrando		por la verdad
motivando		en la realidad
orientando		



## XII. CON SEGLARIDAD «SEGLAR»

Cuando lo fundamental cristiano es creído, intentado de verdad, y realizado normalmente en su posibilidad, surge la convicción que como ya hemos dicho es la espina dorsal de los convencimientos que se poseen, articulados y en punta, para afincarse en la realidad y realizarse en ella como persona.

La convicción se va realizando en la realidad, a medida que la persona aporta para irlo logrando, su libertad, su singularidad y su originalidad, y no se aparta de la clara, diáfana y atrayente trayectoria que estas cualidades en acto le van indicando.

Lo más seglar del seglar es lo que él inventa de su propia vida en la misma vida, en el lugar donde vive y en el tiempo del siglo que vive (que por eso se llama seglar, esto es: relacionado con el siglo).

Como al seglar se le ha teledirigido desde fuera, y se ha venido considerando como más seglar la actitud más «obediente», se ha falseado de tal modo la actitud realmente seglar, que ha sido necesario tener que repetir la palabra para patentizar su autenticidad, como cuando tenemos que decir «café-café», donde tal vez es posible que nos den otra cosa.

Como la actitud genuinamente seglar es tan extraña en el área de lo religioso, hay que decir seglar-seglar para dar a entender al que quiera entenderlo, por lo menos de lo que se trata.

Cuando la potencia inaudita del Evangelio —siempre original y creativa— se hace libertad vivida en la persona, y ésta va tratando con lealtad que sea la savia de su vivir, su dinamismo llega a todas las vertientes de su existencia, haciéndola más humana, más cristiana, más natural y más normal.

En toda la historia de la humanidad, cuando ha incidido algo en la vida con la intención y el propósito de hacerla más cristiana, se diría que automáticamente y de manera matemática, ha surgido al mismo tiempo algo: una asociación, una pia unión, una obra, una institución, para canalizar, encasillar y casi siempre quitar frescura y

espontaneidad, cuando no manipular, a los adeptos, distorsionando la punta y el ímpetu de la incidencia, y haciendo que la alegría y el entusiasmo que va produciendo dicha incidencia, se aminore o se apague, a fuerza de manipularla.

Por esa simple razón, que tantas complicaciones ha venido produciendo, se puede decir con verdad que lo seglar-seglar, no se ha dado más que en el fascinante momento del encuentro con Dios y con los hermanos, y en lo que el encuentro mismo ha hecho emerger de originalidad genuina en sus cualidades potencializadas.

Siempre es seglar el estilo de llevar a la realidad la realización de lo que realmente se siente, cuando, el que lo realiza, está plenamente convencido y decidido a realizarlo.

Es seglar lo que la persona realiza en el mismísimo ruedo del mundo donde vive, y siempre desde él, en el área concreta que como seglar le corresponde vivir su vida, y por el hecho de vivirla con nervatura evangélica, valorando lo que más vale; la persona, desde su dimensión más valiosa, que es siempre su facultad de posibilitar sus posibilidades concretas y específicas, hasta su máxima culminación convergente, de lo más humano y de lo más cristiano, en la intención y en la acción, en cada momento.

El estilo seglar, más que dejar ver la silueta exacta de su perfil, deja intuir el nervio interior que lo vigoriza, y la profunda raíz de su motivación; se precisa la dinámica disposición de ir encontrando en cada momento el medio más eficaz de conseguir y practicar este estilo seglar, primero en uno mismo, y luego, por contagio, también en su entorno y en su camino.

La actitud y la disposición de ir realizando en la vida, y conforme ésta discurre, la comprensión y la esperanza, van creando, formando y conformando el núcleo y el nervio del cristiano seglar.

La irradiación o proyección de su ser cristiano, es cristiana por sí misma, porque lo es en su intención.

El seglar incide en el mundo, al ejercitar, desde el lugar concreto en que él está, lo que le caracteriza como persona.

El punto, la punta viva de incidencia en los demás, en su ambiente y en el mundo, es siempre el de la coherencia entre su convicción, su actitud, su acción y su reacción.

Desde el lugar donde Dios le ha colocado, con su fe, su esperanza y su caridad en ejercicio, al filo de cada circunstancia concreta, va consiguiendo ser fuente y manifestación viva de sentido.

Para que todo esto sea simple, concreto y posible, se ha de ir realizando en clima y relación de amistad con otros. Tan sólo la porosidad ante lo real que fragua, comunica y contagia la amistad, es capaz de mantener y acrecentar la sensibilidad y la energía inherentes a la comunicación del sentido de lo real y del sentido del Evangelio, que son el mismo sentido.



# LO REAL



### **XIII. PERSONAS, ACONTECIMIENTOS Y COSAS**

La persona fundamentada en lo fundamental cristiano desde lo humano, está en la mejor posición para ir consiguiendo su plenitud.

La persona, cuando emprende el rumbo hacia su interior, va dándose cuenta de que allí se encuentra el valor que más vale: no hay nada más grande que experimentar el amor de Dios desde la realidad de uno mismo, y esto es encontrarse con Cristo.

Entonces va descubriendo uno progresivamente que:

    cristo es la verdad que da sentido a la vida,  
    el bien, que le da gozo  
    la amistad, que le da aliento.

La persona unida a Cristo, por la Gracia, y acrecentándola con los medios precisos para irlo consiguiendo, al reflexionar, no puede menos de sentir agradecimiento, porque se halla situada en el lugar y en la disposición desde donde la vida se puede ver mejor; ver con ojos nuevos las cosas de siempre, es ir aprendiendo a verlas como las ve Dios.

Cuando Dios creó el mundo y vio que era bueno, sin duda lo miraría desde este ángulo, o mejor dicho desde este centro, que es el modo y la manera de que todo quede centrado, y puedan orbitarse en su mejor camino hacia su finalidad:

    las personas  
    los acontecimientos  
    las cosas

Cuando la verdad de uno es conectada con la verdad del UNO, que es Cristo, que es la misma verdad, se va alcanzando el impulso, el gusto, el gesto y el talante de lo verdadero.

Cuando el hombre se afinca en la verdad, desde su realidad, todo:

se esclarece  
se ilumina  
se abriga.

Es necesario mantener un constante empeño en ir acrecentando el mundo interior que afirme nuestra identidad, pues el hombre siempre se da circunstanciado.

Ortega habla del hombre y su circunstancia, pero el hombre, desde que ha aprendido tanto a manipular circunstancias, ha conseguido no pocas veces que pesen más las circunstancias que el propio hombre.

Los espacios de libertad hacia fuera son reducidos un poco cada día, por lo que cuadra ahora más con la realidad, decir: la circunstancia y el hombre, que no el hombre y su circunstancia, pues el hombre se desvaloriza cada día, y se da valor excesivo y desproporcionado a su circunstancia, a la circunstancia de lo que tiene, de lo que puede, de lo que sabe...

Del sesgo de estas cosas, se puede sacar bien, ya que puede ser aprovechado para recorrer la poca explorada distancia que hay desde la piel del hombre al núcleo del hombre.

El hombre de convicción —de convicción anclada en la verdad— jamás es arrastrado por las circunstancias, y si éstas le retuercen suele recuperarse.

A veces hay quienes parece que establecen un pacto entre sus convicciones y sus circunstancias, o con las convicciones ajenas. Pero ello evidencia que las convicciones eran «de temporada». Sólo se pacta con las convicciones que no se tiene.

Sin embargo hace falta ser consciente de que el mundo interior no es un mundo para encerrarse.

El hombre tan sólo ejerce de hombre —de persona— cuando tiene conciencia de su libertad y cuando ésta es siempre empleada para ser aún más libre.

Las personas que saben vivir estas realidades por ir aprendiendo a interiorizarlas, conforme las van viviendo, van adquiriendo mayor conciencia de la perenne novedad de la fe, del gusto y el gozo que produce el eco de lo cierto.

Entonces se percibe, cada vez más claramente, que la persona es el reflejo, la expresión y el brillo de la intención concreta de Dios sobre un ser humano.

Ser persona es un concepto siempre abierto a la facultad y a la posibilidad de serlo más y de serlo mejor. La potencia intencional de una persona puede trascender con mucho esta misma persona.

La persona nunca es matemática, ni mecánica, ni automática, sino misteriosa, numinosa, y a la vez hasta lejana y difusa, pero ahí radica precisamente el valor de su decisión de aproximarse para entender algo que sólo puede intuir el que le ama.

Desde una perspectiva de persona, los acontecimientos son realidades con nombre propio: el de quien los origina, los padece, los afronta o simplemente los conoce. Por ello el cristiano no tiene que enfrentar los acontecimientos, sino fermentarlos por la reacción que de hecho le produzcan.

Algo similar sucede con las cosas, que pueden verse desde la perspectiva de la persona, de quien las desea o de quien las posee, o de quien las utiliza, mientras tendemos a verlas como algo desvinculado del sentido, o con sentido propio.

Creemos así que para que el sentido se vaya haciendo realidad, es necesario y suficiente que haya personas.



## XIV. DINÁMICA DE LIBERTAD

La libertad es el derecho a ser veraz.

Existe la libertad del liberado y la libertad del libertado.

Liberarse supone una actitud activa para, no tan sólo tener a raya la angustia de la duda o el ansia que produce el temor y el miedo, sino avanzar y adelantarse siempre, ganando terreno a la duda con la fe y al temor con el amor. Liberarse es desprenderse de lo que lastra, entorpece o distorsiona; valorando y ordenando los valores, de acuerdo y en orden con su valor.

El que tiene el convencimiento real de la verdad de Cristo y lo sitúa en el eje de su realidad, suele tener valorada y orbitada su escala de valores; él los tiene en orden y no se siente atrapado por ninguno, y si lo intentan sabe defenderse. Sólo el hombre liberado puede ser fermento de libertad en su mundo y en el mundo de los demás.

Hoy, quien no está convencido, ya está vencido, y el vencido, sobre todo si se da por vencido, raras veces suele alcanzar la libertad.

Para la mayoría, la libertad es el derecho a no obedecer.

La libertad no es principalmente un derecho, sino un riesgo que hay que correr continuamente. El hombre es libre y eso significa que en cada instante se ve situado en una doble posibilidad: hacer el bien que sabe que le liberará, o hacer el bien que quiere su egoísmo y que tarde o temprano le complicará las cosas y le restará posibilidades de mayor libertad.

La libertad de poder hacer alguna cosa, es lo que da a esa cosa su verdadero valor. Lo cristiano precisa más de voluntad de hacer, que de hacer sin voluntad.

Algo maravilloso tiene lugar cuando el espíritu del Señor se encuentra con la libertad del hombre, y es desde el hecho de su libertad que hemos de calibrar y valorar la actitud humana y cristiana. Todo lo que condiciona la libertad, la canaliza, la impulsa o la obstruye,

obnubila la convicción, que, al ser menos diáfana, quita filo y transparencia a la decisión de ser fieles al único sentido que puede dar sentido, consistencia y perennidad a todos los demás sentidos.

El hombre, liberado de sus fantasmas interiores y conocedor no obsesionado de sus miedos, necesita además un entorno que le convierta en libertado, que le reconozca y le aporte posibilidades reales de desarrollar su vida en una opción personal.

Pocas cosas son más frecuentes que confundir estos términos y considerar que se libera al hombre porque se le libera de sus condicionamientos externos, o defender que, como lo importante es liberarse, el hombre no debería preocuparse de conseguir nuevas áreas externas de opción. Son ambos aspectos, y por su orden, los que permiten al hombre ser veraz, hacer vida su verdad: ser libre — liberado y libertado—.

## **XV. DINÁMICA DE PLENITUD**

### **LA VIDA ES BONITA, LA GENTE ES IMPORTANTE Y VALE LA PENA VIVIR**

Cuando una persona se encuentra con el Evangelio, cree en él y trata de realizarlo en su vida, va, —por la gracia de Dios— descubriendo, que ser fiel al mismo, no significa ni supone optar por la virtud, sino saber ir ejercitando la virtud de optar; a medida que va avanzando, va alcanzando también nuevas perspectivas, y desde ellas va dándose cuenta de que la vida tiene sentido, valor y sabor.

Tiene sentido, porque todo puede ser mejor o peor, y, al tratar honradamente de mejorarla, nos hacemos mejores, y tenemos un «qué», que nos impulsa y orienta.

Tiene valor absoluto, porque nada puede hallarse que tenga más valor que una persona, y si la persona es cristiana y humana, siempre atrae, magnetiza y fascina.

Tiene sabor, porque cuando la verdad y la realidad de Cristo están en el eje de la persona, centrándose su inteligencia y su corazón:

la vida es bonita  
la gente es importante  
vale la pena vivir.

Cuando uno pierde el norte de la vida y ésta es sacudida por las personas, los acontecimientos y las cosas, la cosmovisión se empaña, y lo que experimenta uno es lo contrario:

que la vida es un fastidio  
que la gente es incordiante  
que es una pena vivir.

Los cristiano es siempre en cada caso y situación, la culminación de lo posible y la pista para ir logrando lo imposible. Lo que obnubila el panorama de lo cristiano es que el hombre se crea que ser cristiano es tan solo hacer el bien.



# LA AMISTAD



## XVI. LA COMUNICACIÓN

La incomunicación entre los hombres —a pesar de que hoy estamos más «comunicados» que nunca—, es posiblemente una de las cosas que más anulan las potencialidades de la persona de nuestro tiempo.

Los convencionalismos, los prejuicios y los miedos nos condicionan tanto, que a veces parece que nos obligan a tener que simular y representar «papeles» que distorsionan, anulan o adulteran los sectores más valiosos de nuestra personalidad, y con ellos las posibilidades de enriquecerlos y enriquecernos como personas.

Quizá ya sólo el dolor genera la actitud de acercamiento a los demás. En caso de accidente o de una muerte, afortunadamente sigue siendo normal el que acudan muchos, aunque no siempre todos en actitud de amistad. Se cumple entonces aquello de que los amigos, o los que dicen serlo, son como la sangre, que acude siempre cuando se produce alguna herida.

La verdadera amistad no puede ser tan sólo para compartir las penas, sino también para gozarse en el gozo de sus alegrías, y de lo que es su causa: sus ilusiones, sus deseos, sus éxitos.

Así, de hecho, en nuestros días las formas habituales de relación entre los hombres se sitúan extramuros del Evangelio y el sentido común, configurando sistemas de comunicaciones e incomunicaciones, que identificamos como:

Relaciones de inhibición:	sin que los demás les importen, quieren que les soporten.
Relaciones de dominio:	cuando falta el autodominio, el hombre tiende a afirmarse dominando a los demás.
relaciones de manipulación:	utilizar al otro para lo que creemos que nos conviene, es desaprovechar la oportunidad de enriquecernos con sus verdaderos valores.

Relaciones de inmersión:	la falta de identidad personal nos impulsa a diluirnos en la inmediatez de sentimientos colectivos; preferimos ser voz de graderío que jugador eficaz en el equipo, y nos vaciamos en un esfuerzo agotador, que agota tanto el ingenio como el bolsillo.
Relaciones de sumisión;	a veces por pereza y a veces por cálculo del menor esfuerzo, se prefiere obedecer o imitar al «divo de turno», confirmándonos una vez más aquello de «bienaventurados nuestros imitadores, porque de ellos serán nuestros defectos»
relaciones de enfrentamiento:	existen quienes creen que sólo se afirman contradiciendo.

En cambio, en la perspectiva de quien cree en el hombre, siempre se sale ganando. Incluso en las meras relaciones de coexistencia, y hasta en el encuentro ocasional con el otro, se percibe y se experimenta una agradable, interesante y aprovechable oportunidad de encuentro, que o nos ilumina, o al menos nos obliga a interrogarnos.

También las relaciones de colaboración, para un fin concreto, se enriquecen, cuando las personas implicadas saben que este fin no es el fin; entonces lo que suele ser una relación fría y acartonada, toma una vía más sencilla y más diáfana, más abierta, y aún más eficaz.

El compañerismo es una forma de relación que, por ser de algún modo ya una amistad «especializada», es la vía más normal de conexión real entre las personas. Encontrarse periódicamente en un mismo lugar e irse manifestando cada uno como en realidad es, es ya de por sí una invitación a la amistad, aunque desgraciadamente se interpongan, no pocas veces, enojosos intereses de competitividad, cuando prima más el ser más que el ser mejor.

Todas estas formas de relación toman su verdadero sentido si son el prólogo, el medio y el cultivo de la amistad.

La relación de amistad es la forma genuinamente humana y genuinamente evangélica de comunicación entre los hombres. Es la misma forma que tiene Dios de relacionarse con el hombre, y la mejor que puede tener el hombre de relacionarse tanto con Dios como con las

demás personas: comunicarse con el otro que es persona; no por sus cualidades concretas o su posición social, sino porque es él, porque es alguien.

Esto supone algo que, por desgracia, en bastantes ambientes es infrecuente: creer en el hombre.



## XVII. LA INTIMIDAD Y SUS NIVELES

La amistad es la cota más alta a que ha llegado el hombre. Cuando la amistad es químicamente pura, extensión de pura gratitud, magnetiza y fascina. Aunque casi todo el mundo se mueve por interés, sin saberlo, lo que le interesa de los dos, en el fondo, es el desinterés.

Alguien ha dicho que la quinta esencia de la amistad podría resumirse en la doble afirmación de «estoy contento de que existas; el mundo es más bello porque existes tú».

La amistad es procurar, hacer posible la libertad del otro.

Aceptar al otro como es, en toda su globalidad, sin sectorizar el concepto que tengamos de él, ni pormenorizarlo, inventariando sus carencias, sus cualidades concretas, su posición. Y ello precisamente porque la amistad exige un respeto profundo del campo de lucha del otro, del escenario interior donde se producen las concretas batallas en que uno tiene que luchar solo. La ayuda que se puede prestar al amigo no puede ser a base de dar soluciones y respuestas, ni reprimendas «cariñosas» —pero al fin y al cabo «reprimendas»—, que, aún más si se saben fruto de una auténtica amistad, pueden llegar a aturdirle.

La confianza tiene que ser recibida con respeto, como un gran regalo, y por tanto con sincero y asombrado reconocimiento, con unción atenta y desvelada atención, con ilusión.

Ahora bien, la amistad supone la clara noción de que existen distintos niveles de intimidad:

de un tú a otro tú  
de un tú a un nosotros.  
de un nosotros a un nosotros.  
de un nosotros a un vosotros.

En todos estos niveles, y muy especialmente en el nivel del tú a tú —que es el más importante y genuino, y cuya existencia es lo que da sentido y razón a los demás niveles— la amistad cristaliza mediante un proceso.

Este proceso, si bien tiene en todos los casos unas características comunes, en cada ocasión sigue estadios y ritmos diferentes, ya que todos ellos, en la ruta hacia su finalidad, manifiestan la radical originalidad de lo nuevo, así como la novedosa creatividad de lo que se estrena, y una visión al futuro de lo que pueda ser.

La primera característica común a estos procesos de amistad es abrir brechas en la muralla de los mutuos prejuicios, «roles» y estereotipos, con los que —casi siempre inconscientemente— se ha etiquetado al otro. Las circunstancias acumuladas que siempre recubren y encubren la estructura vital del hombre, seguirán, aunque cada vez en menor medida, influyendo negativamente en la relación, hasta que ésta reciba al verdadero sentido del otro, que es su capacidad activa de amar y de ser amado.

Otra nota característica de los procesos de amistad es la importancia del impacto que produce en ambos el primer encuentro. Si en ese primer encuentro se produce una corriente de mutua admiración, la progresividad de esta corriente acelera todo el proceso. En cambio, si no se produce esta «chispa» inicial, el proceso suele ser más lento, y sólo suelen remontarlo cuando al menos uno de ellos se encuentra en disposición de conectar con la zona admirable que siempre tiene la genuinidad del otro. Pero toda relación auténtica de amistad acaba basándose y vitalizándose en una convergencia de admiraciones.

Otra característica muy frecuente en los procesos de amistad, es que unas veces al iniciarse y otras más tarde, tiende a centrarse la comunicación con el otro en «lo suyo» y «los suyos», más que en él mismo, lo que se agrava si coincide con que «el otro», a su vez está pendiente de «lo mío» y «los míos», y no centrado en un eje integrador y dinámico. Singularmente cuando a uno le ha sucedido algo destacable, que seguro vale la pena contar, es frecuente que lo cuente y recuente tantas veces que tome el sesgo de una presunción, en lugar de ser una comunicación.

Finalmente destacaríamos como nota característica común a los diversos procesos de amistad, que en algún momento siempre suele interferir o intentar interferir en la relación amistosa alguna tercera persona que, de más o menos buena fe, desequilibra el ritmo del proceso quitando brillo a la admiración, unas veces por envidia, otras por celos y otras simplemente por paternalismo.

Aún superadas todas estas etapas, la amistad siempre es cultivo delicado, como una planta, que no puede hacerse crecer tirando de sus hojas; como una rosa, que sólo se abre a la luz y al calor que produce la dinámica del mismo proceso. La amistad es como una hucha que no debe romperse para ir a comprar una caja de cerillas.

La persona, para ejercer de tal, tiene que tener convicción y decisión. La convicción sola, produce teóricos. La sola decisión, imprudentes.

El hombre, la persona, se da siempre circunstanciada, si bien hay una corriente continua mutua y recíproca, de la circunstancia al hombre, y del hombre a la circunstancia. El hombre es influenciado por el hombre, y a otro, le influencia también él. Cuando entre dos personas se produce una corriente de amistad y de simpatía, la influencia es mucho mayor. La influencia de amigo a amigo puede encaminarse hacia el logro de ir consiguiendo esclarecer su convicción, con el fin de que sea más lúcida. Pero, en cambio, nunca es bueno que la influencia del amigo sea empleada para empujarle a una decisión, porque las consecuencias que se derivan de una decisión errada, van a caer todas sobre el que ha tomado la decisión, no sobre el que le forzó a tomarla.



## **XVIII. PROCESO CREATIVO DE LA AMISTAD**

A lo largo de la historia ha sido frecuente el empleo de determinados procedimientos para agrupar a los hombre con el fin de incidir en la realidad. Desde la coacción a la adulación, desde el miedo por el castigo al incentivo del premio, desde el liderazgo de un carismático a la capacidad organizativa de un brillante ejecutivo, se da todo un abanico de vías más o menos coercitivas para conseguir anuencias e influencias.

Sin embargo pocas veces se ha intentado que sea la poderosa energía que puede producir la amistad cuando va siendo auténtica, verdadera y químicamente pura, la que puede mover a los hombre que han de cambiar la realidad. Y siempre es muchos, y siempre es más, lo que puede ir consiguiéndose gracias a la poderosa energía de la amistad.

Cuando esto se da en una persona, se tiene ya el punto de arranque para irlo generando en otras y en muchísimas más.

Entonces la amistad toma cauces naturales, normales, humanos, que no distorsionan el vivir de cada uno, sino que lo amenizan, lo incentivan y lo alegran, surgiendo de ello una realidad colectiva, que es el grupo de amigos, suscitando en cada uno el gozo de vivir y la alegría de seguir viviendo, ya que cuando se comparten en amistad, las penas se dividen y las alegrías se multiplican.

Cuando el grupo está integrado por creyentes que creen que creer es crear, la dinámica de amistad del grupo incide en cada uno de los ambientes en que sus componentes se mueven. En estos ambientes, la dinámica de amistad que desde el grupo les llega, genera con naturalidad, en vivo y en directo, una corriente, primero de simpatía, después de admiración y finalmente de contagio.

Estas corrientes cristalizan por tanto en nuevas plataformas de amistad, extendiéndose de forma multidireccional y progresiva, abarcando de cada vez más zonas del vivir de muchos.

Tal vez esto pueda parecer irrealizable, precisamente porque casi siempre se ha incidido en la realidad desde la visión más opuesta a la indicada. Se ha pretendido sacar o inhibir a la persona de su entorno natural, o presentarle lo cristiano al borde de lo irrealizable, en el contacto de lo heroico, pero casi nunca como el simple y definitivo gozo de ser amigo del cercano.

A veces seguir a Cristo, como ser fiel a todo proceso de amistad, puede ser difícil, pero nunca es complicado. Descubrirlo así hace que el minuto siguiente sea siempre fascinante y sensiblemente mejor que el anterior.

De esta dinámica de amistad, nace en los distintos grupos, la ilusión de poder encontrarse entre sí, para poder comentar y compartir el hallazgo. Así, cada grupo se convierte en una realidad centrífuga que imposibilita el narcisismo, al sentirse cada uno contento, pero no satisfecho.

Lo más decisivo y lo más novedoso de este planteamiento, es el hallazgo de este punto de encuentro de los diversos grupos. Se crea así un ambiente abierto e integrado por todos los que en sus respectivos ambientes procuran vivir en amistad, que garantiza que lo que en cada momento está más vivo, se accesible a todos, siempre que no se desvíe, y no se pretenda más que eso: intercomunicar lo que está vivo; sin canalizar el agua de esta energía al molino de la inquietud preferida de alguno o algunos, ya que es en el mismo mundo donde viven, donde están llamados a dar fruto, y a disfrutar dándolo.

Lo otro, aunque para algunos sea más bonito, nunca tiene el peso específico de lo radicalmente personal, de lo naturalmente humano y de lo simplemente verdadero.

Torcer con la mejor intención el cauce de esta energía, es cosa que se hace a menudo, cuando se exige una determinada moral, sin que haya habido el consiguiente proceso, esto es, sin haber sembrado con convicción, sin haber regado con esfuerzo y sin haber cultivado con amor; olvidando que cuando se exige decisión donde no han convicción, lo que se logra es romper la persona pro dentro. Tal vez en esta pista se podría encontrar la causa del poco interés que suscita frecuentemente lo cristiano.

Cuando ello no sucede, en este ambiente de punto de encuentro, las corrientes de admiración que se generan, polarizan y se concretan más en determinadas personas. Llegados a este punto hay que evitar los dos peligros: que las admiraciones no se transfieran a Cristo, o que valiéndose de ellas se instrumentalice a los más generosos.

Para que esto no suceda, para que esta energía no se pierda y pueda encontrar sus propios cauces de expansión, es preciso que los que polarizan las admiraciones —los dirigentes verdaderos— formen a su vez un grupo compacto, de modo que, sin desvincularse de su realidad, se esfuercen por coordinar sus esfuerzos de cara a conseguir que tampoco se desvinculen de ella los demás y para que progresivamente sean cada día más los que descubran que es posible, desde su misma vida, hacer simple, concreto y posible lo cristiano.

Esto es precisamente, lo que los iniciadores intentamos conseguir desde el principio con el movimiento de Cursillos de Cristiandad: proclamar la mejor noticia de la mejor realidad —que Dios nos ama—, comunicada por el mejor medio —que es la amistad—, hacia lo mejor de cada uno —que es su ser de persona—.

En conclusión, los Cursillos, en su misma esencia, en la estructura ontológica de su misma razón de ser, son lisa y llanamente un proceso de amistad; con uno mismo, con Cristo y con los hermanos.